



ENTREACTO.

Ayuntamiento de Madrid. Dib. BERNAD.—París.

El.—Dicen que hay un intervalo de 15 años entre el primero y segundo acto.

Ellas.—En ese caso tenemos tiempo suficiente para tomar algo.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 5,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 10,40 — |
| Año (52 —)..... | 20 — |

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

| | |
|-----------------------------|--------------|
| Trimestre (13 números)..... | 6,20 pesetas |
| Semestre (26 —)..... | 12,40 — |
| Año (52 —)..... | 24 — |

EXTRANJERO

UNION POSTAL

| | |
|----------------|------------|
| Trimestre..... | 9 pesetas. |
| Semestre..... | 16 — |
| Año..... | 32 — |

ARGENTINA (Buenos Aires)

| | |
|---|--------------|
| Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856. | |
| Semestre..... | \$ 6,50 |
| Año..... | \$ 12 |
| Número suelto..... | 25 centavos. |

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)


REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

PAPEL
DE
FUMAR

BAMBU

LOS TAMOS
POLVO INSECTICIDA
LEYER y COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

15.—¿Usted gusta?

A San Antonio
500
1000 1000
Nota

16.—¿Que tal va ese negocio?

Vestíbulo—1
Boga
Pecho

17.—De cuentas

Derecho Refacción
500 50
Lutero

18.—La ciencia de muchos

A
120



**SOMBREROS
BRAVE**
6 • MONTERA • 6'

19.—Charada

—Mira cómo *segunda prima* el *tercia prima*; ni que hubiera sido del oficio.
—Hace eso porque si no se *todo*.

20.—Pueblo castellano



21.—Para líquidos

Terranova T
Súplica

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASA-TIEMPOS del mes de noviembre.



La hija.—¡Oh! ¡Sí! Estoy segura que no se casa conmigo por mi dinero. Dice que se casaría aunque no tuviese un céntimo de dote.

El padre.—Tienes razón. No hay más que verle la cara para convencerse de que es un imbécil.

*A 100 kilómetros por hora...
y el cabello siempre peinado!*



EL FIJAPELO VARON DANDY

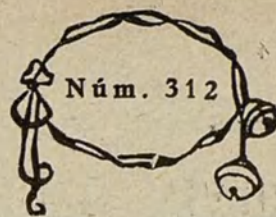
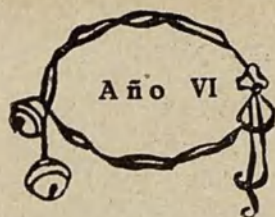
fué el primer fijador del cabello y sigue siendo el único
Rechace las imitaciones



EL MARIDO CELOSO.—¿Dónde estuviste ayer?
LA MUJER.—En el Parque Zoológico; pero estuve
pensando en ti todo el tiempo.

De The Passing Show.—Londres.





CHARLAS DOMINICALES

DESDE que la moral huyó de Grecia, nosotros no habíamos vuelto a verla.
—¿Dónde se habrá metido?—nos preguntábamos, intrigados..., cuando, de pronto, nos la hemos encontrado bien alojada y defendida en casa de unos graves señores socios de la “Liga contra la inmoralidad”.
¡Y hemos respirado!...

Realmente, era bochornoso el espectáculo que al mundo entero estábamos dando hombres y mujeres.

Sobre todo, las señoras. A éstas es a las que más debe apretar la “Liga”.

Sus trajes cortos, sus gastos largos, sus bailes ceñidos, sus ademanes sueltos, son altamente inmorales.

Y ¡hay que acabar con todo eso!

Lo difícil, no obstante, es el cómo...

¿Hasta dónde, por ejemplo, ha de llegar la falda femenina?... En realidad, la “Liga” moralista debía señalar en las piernas de las damas una raya que fuese algo así como la línea de flotación en los grandes buques. Pero a la inversa. Es decir; que el peligro no estaría por debajo de la línea de flotación, sino por arriba. De no llegar a la raya, naufragio seguro y posibilidad de ahogarse. A pesar del desahogo que ello significaría.

Sin estas y otras persecuciones, la labor moralista va a ser muy difícil.

¿Quién marcará la dimensión y amplitud de los descotes?... ¿Quién dibujará en el papel los cortes del corpiño, ni los cortes de mangas que será preciso bosquejar para que la moral se salve?...

¡Muy difícil!... ¡Muy difícil!...

Y nada digamos de los bailes. La “Liga” ha querido evitar los contactos con esta fór-

mula salvadora: “No deben autorizarse más danzas que las regionales”. Sin embargo, tenemos no baste tan regionalista solución.

No podemos representarnos la escena consiguiente en el Ritz, y entre bailarines de ambos sexos:

—¿Me concedes este zortzico que están tocando?—exclamaría el pollo-pera de turno.

—Ay, no, Polito; este zortzico le tengo comprometido con Sota y Aznar. Si te es igual, bailaremos la primera sardana...

—¡Qué fresca!... La sardana la bailas, si quieres, con Cambó...

¡Como ven ustedes, la escena sería absurda y ridícula en alto grado! Reunirse en locales lujosos, contratar grandes orquestas y pagar dos

duritos de merienda para bailar la jota o las seguidillas manchegas, ¡maldita la gracia que puede hacerles a los modernos discípulos de Terpsícore!...

¡Mal está el agarrao; pero, por ahora, no parece que tienen las parejas muchos deseos de separarse.

La tendencia sana y religiosa de la “Liga” quedaría satisfecha con el baile de San Vito (el baile más santo de todos); y a eso se llegará, seguramente, por la influencia del “jazz-band” sobre los nervios mejor equilibrados.

A nosotros habrán de parecernos de perlas cuantos esfuerzos se realicen para moralizar el baile, las lecturas y los espectáculos públicos. Ni leemos jamás a Joaquín Belda, ni asistimos a la caza de esa pulga que no deja en paz a la Chelito.

Si alguna vez vamos al “cine” es tan sólo por el gusto de ver a la Bertini en cinta. Pero juramos no haber pertenecido nunca al grupo de aficionados a la Empresa Sagarra. Asistimos, a las salas oscuras, de buena fe; y si algo nos ocurre dentro de ellas, nadie lo sabe.

Somos de los que salimos del “Callao” sin decir ni una palabra.

Pero el espacio se nos concluye y aun hay mucha tela cortada. (Esto de la tela cortada preocupará seguramente a los liguistas.)

Si tenemos buen humor, seguiremos en BUEN HUMOR tratando de este tema.

Aunque, en verdad, va siendo ya mucha propaganda de la “asociación” tantas veces citada.

Y lo peor que puede hacerse en moral es exhibir la “Liga” con exceso.

¡Con que, chitón; y a bailar la gallegada!...

¡Le digo a usted, guardia!
LUIS DE TAPIA



Dib. SILENO.—Madrid.

Quinta página de mis memorias amorosas

SILVIA BRUMS, LA MUJER COSMOPOLITA Y FATAL

Cómo fué nuestra primera entrevista.—Intermedio de cinco años.—La escena final

—¿Fuma usted?

—Sí.

(Me dió un egipcio.)

—¿Bebe usted?

—Sí.

(Me dió una copita de ron Kingstons.)

—¿Es usted morfinómano?

—Desde que tenía dos meses de edad.

(Y ella me dió una ampollita de morfina.)

—¿Tiene usted dinero?

—No.

(Y Silvia me dió un billete de mil pesetas.)

Así empezó nuestro amor.

Por entonces yo atravesaba una terrible crisis y había ido a casa de Silvia Brums sin conocerla y con el único objeto de venderle una pianola de dos teclados. Silvia, como toda mujer elegante, me hizo hacer una antecala de hora y media. Aburrido de esperar y cansado del ajetreo del día, tuve la desfachatez de dormirme en el saloncito—color cadmio y negro—de Silvia Brums. Al despertarme, Sil-

via, sentada frente a mí, me contemplaba. Me levanté aturdido.

—Señora, perdone qué...

—¡Oh! ¡De ninguna manera! Siga usted durmiendo...

Y me hizo dormir media horita más.

Al despertarme por segunda vez fué cuando Silvia me dió el cigarrillo, el ron, la morfina y las mil pesetas; y al recibir estas últimas empecé a sospechar que aquella mujer me amaba.

Efectivamente, no tardó en decirme.

—Le he contemplado mientras dormía. ¡Qué hermoso estaba usted en el descuido del sueño!...

—Señora...

(Una inclinación profunda.)

—¿Usted es de Lisboa, verdad?

—No. Soy de Avila.

—Es igual; tiene usted unos ojos tan dulces como un fado.

—Todas las semanas me lo dicen.

—¿Le gusto yo?

—Con frenesí homeopático—respondí elegantemente.

Silvia se paseó por la estancia para lucir la gallardía y la sutileza de sus líneas; sus pupilas (verdes como las algas, como los ojos de Medusa y como las revistas del Teatro Eslava), fulgían con extraños brillos; sus brazos parecían dos cuellos de cisne antes de la muda; el cabello era de color bronce caduco, irisado por una incandescencia que no era más que electricidad perenne. (1.)

—¿Cómo te llamas? — me dijo de pronto, deteniéndose.

—Hasta los dos años me llamaron "Potito"; de los dos a los seis, "Quiquín"; de los seis a los doce, "Quique"; de los doce a los dieciseis, "el pequeño"; de los dieciseis a los veintidós, "el señorito Enrique"; de los veintidós, hasta ahora, Enrique a secas.

(1) A ver, preséntennme ustedes al que sea capaz de hacer una descripción así.



Dib. CISNEROS.—Madrid.

EL DOCTOR (al enfermo, que es cochero).—Lo que usted tiene es una tuberculosis galopante.

EL ENFERMO.—Y dígame, ¿no habría medio de ponerla al trote?

—Pues bien, Enrique. Te amo; me amas. ¡Viva la vida! ¡Cantemos! ¡Ríamos! ¡Vámonos a Italia!

Reí hasta partirme y canté el tango "Mocosita"; luego inicié el mutis.

—¿Adónde vas?—inquirió Silvia.

—A hacer las maletas—repuse.

Esta fué nuestra primera entrevista.

Intermedio de cinco años

Para comprender bien esta aventura, yo aconsejo al lector que al llegar aquí guarde el periódico cinco años, y pasados los cinco años, lea lo que sigue. Pero si el lector encuentra eso demasiado molesto, siga leyendo sin aguardar más.

Lo decía, porque el amor de Silvia duró cinco años a partir de la escena descrita.

Cinco años, sí. Cinco años de recorrer el planeta de punta a punta, de oriente a occidente, de América a Asia, de Oceanía a Europa. Nos conocíamos de memoria todos los trasatlánticos y recordábamos todos los vagones "pullman" como sitios ya familiares. No estábamos en cada capital más de seis horas. Procedíamos exactamente igual que los viajeros de comercio.

Y nos amábamos en todas partes con frases originalísimas. Cuando Silvia me decía, por ejemplo: "Te adoro con enforia creciente", yo la contestaba: "Te idolatro huyendo de la pestilencia vulgar"; y si yo la confesaba: "Mi amor es simbólico, aunque bilateral", ella me replicaba: "Mi corazón tiene para ti dulces energéticas anímicas".

La gente se detenía en las aceras para oír nuestros diálogos. Pero nosotros éramos felices y cosmopolitas.

* * *

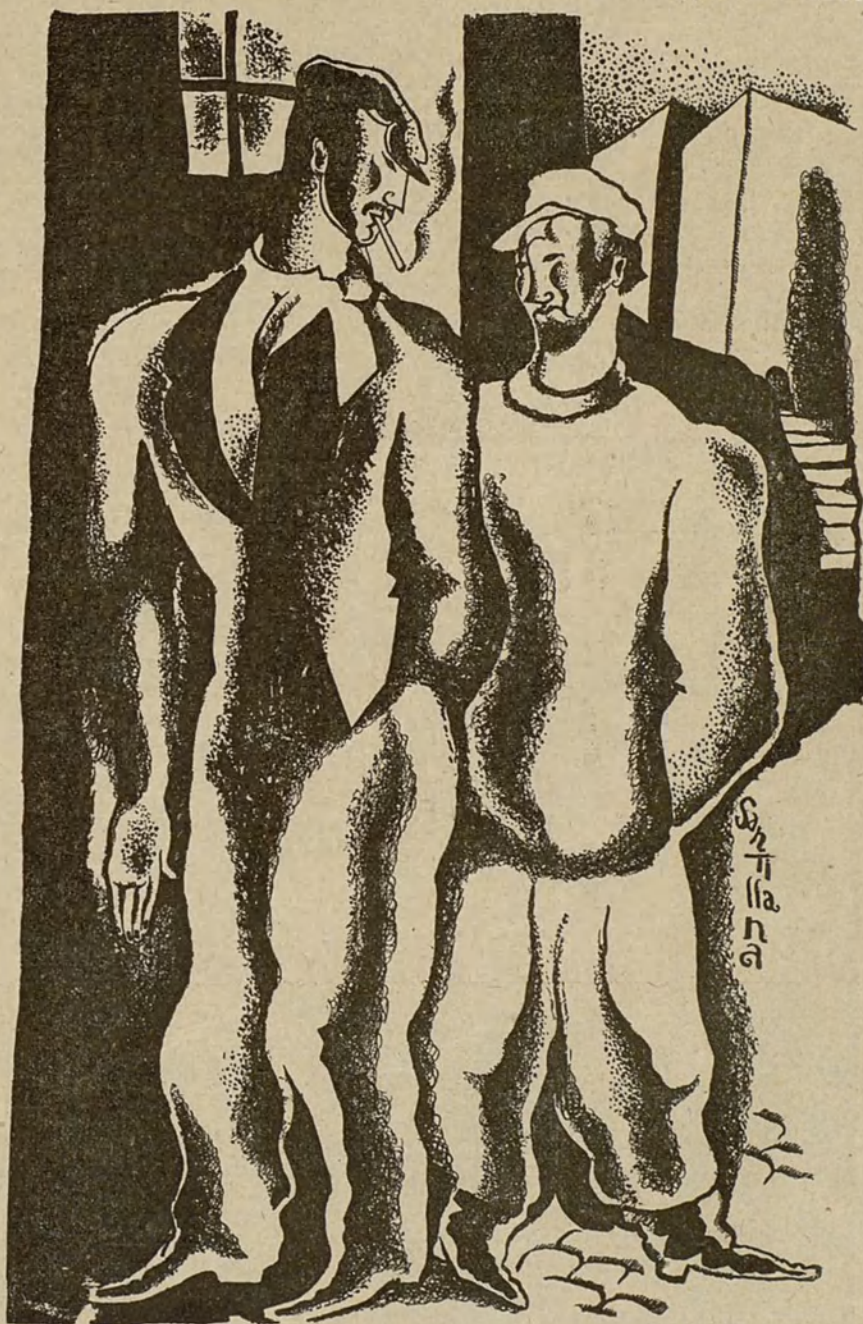
A los cinco años, una tarde del crudo diciembre, llegó la escena temida: la escena final.

Con otra mujer acaso no hubiera llegado nunca, pero con Silvia Brums

yo la esperaba de un momento a otro.

Fuimos en una habitación del Hotel "Central", de Nueva York. Sil-

via, tumbada en un diván, envuelta en un pijama de seda color trópico de cáncer, leía un libro de Rachilde muy



Dib. SANTILLANA.—Ávila.

—Todas las noches me quedo dormido fumando y quemo la colcha. Voy a tomar una medida eficaz.

—¿Suprimir el tabaco?

—No; suprimir la colcha.

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

mal traducido y fumaba "atchiss" en una pipa de madera de sauce mientras con su mano derecha acariciaba la cabeza de un cachorro de león, comprado a un farmacéutico de Mequínez. Enfrente de ella, yo hacía cigarrillos con una máquina belga.

De pronto, Silvia levantó la cabeza y me dirigió estas palabras extraordinarias.

—Son las cinco. Tendrás que irte, porque a esta hora he citado aquí a mis-

ter Woodrester, el "rey del papel para vasares".

Quedé estupefacto.

—¿Qué dices? ¿Y por qué has citado a Woodrester?

—Porque le amo con alucinaciones nocturnas.

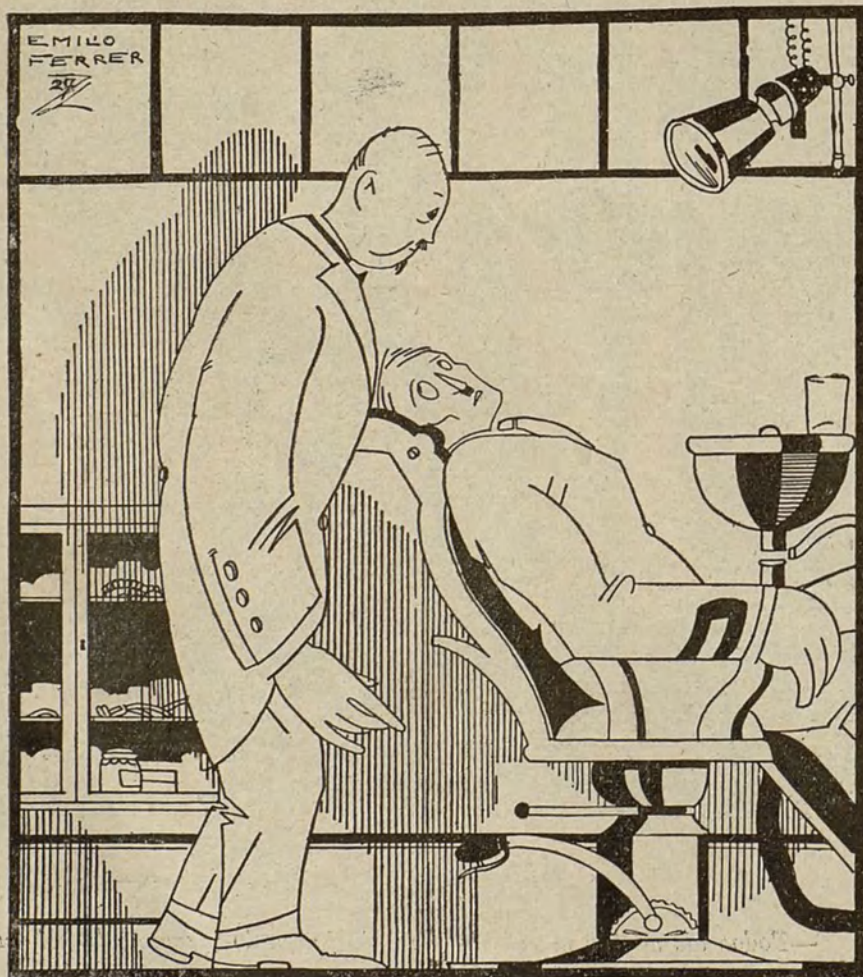
—¡Silvia! — grité con angustia —. ¿Qué persigues con eso? ¿Quieres que me suicide?

—Quiero más "atchiss". Dáme la cajita.

Obedecí. Volvió a llenar su pipa con aquel tabaco oriental y, señalándome la puerta, hizo con la lengua ese ruido especial que se practica cuando se quiere echar a un perro de algún sitio.

FRICOT LOCION higiénica para el cabello, de rico perfume. Pedílas en las buenas peluquerías.

F. Betrian. Hospital, 113. Barcelona



EL DENTISTA.—¿Qué va a ser?
EL SEÑOR (distráido).—Afeitarme.

EMILIO FERRER.—Madrid.

Me puse lívido como un convaleciente de la gripe.

—¿No te basta abandonarme, si no que me ofendes?

Por toda respuesta, Silvia volvió a hacer aquel ruidito característico.

Caí sollozando, en convulsiones germanas, sobre un motón de almohadones. Comprendí que todo estaba irremisiblemente perdido.

—¡No me dejes, Silvia!—aullé cual chacal de la Siberia—. ¡Pégame, pero no me dejes!

Entonces ella se levantó y me dio doscientos siete estacazos en la nuca. Luego, con un vigor insospechado en ella, me cogió en brazos. Ví una nueva luz de esperanza.

—¿Te arrepientes, verdad? ¡Oh! Tú no podías abandonar así a tu pobre Enrique...

Ella rió con risa feroz y selvática y dijo sordamente:

—¡Me das asco, miserable píltrafa!

Avanzó por la habitación llevándome siempre en brazos, se acercó a la ventana, sacó mi cuerpo al exterior y me dejó caer a la calle.

Era un rascacielos de veintinueve pisos y tardé una hora en llegar abajo. Gracias a esto, los bomberos—avisados al poco de empezar yo a caer—estuvieron a tiempo de recibir mi cuerpo en una manta de lana de Virginia (U. S. A.)

Silvia, asomada al ventanal, asistió a la escena, y al ver que yo no había fallecido, se abrió las venas con un raspador de acero.

Yo me alegré, porque de haber vivido ella nos habríamos reconciliado de nuevo y ella hubiera vuelto a tirarme a la calle en cuanto hubiese tenido ocasión.

Sin embargo, yo la amo todavía. Y es que la ciencia ha probado que las cualidades amorosas de los seres tímidos tienen una algofagnia hija del desequilibrio neuronal, y cuando la hemoclasia ha sido perpetua, los impulsos atávicos se concatenan para...

El director.—¡De ninguna manera! Usted no sigue por ese camino, porque tendremos una cuestión personal. ¡Firme usted ya!

—Sí, señor, sí... Con mucho gusto...

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

ONYX Su crema NEVONYX da la tersura de juventud.

ALREDEDOR DEL MUNDO

Curiosidades y rarezas

Aunque ya se sabe desde muy lue-
gos años que el abono es un produc-
to que se arroja sobre las tierras de
labor para intensificar y mejorar su
rendimiento, un agricultor segoviano
acaba de publicar un elocuente libro
en que se estudian tres clases de abo-
no diferentes.

El susodicho técnico opina que el
abono puede ser vegetal, mineral y
animal. Abono vegetal es el formado
por plantas pútridas y en fermenta-
ción. Abono mineral el constituido
por sulfatos, carbonatos y demás ca-
melatos químicos. Y el abono animal
es una serie de personas que en los
teatros vuelven la espalda al escena-
rio cuando se representan obras de
Calderón, Lope o Tirso de Molina.

En Constantinopla hay un barrio
que se llama Pera, donde pernoctan
infinidad de judíos y donde se en-
cuentran buenas judías a precio eco-
nómico la ración. Este barrio es ex-
tensísimo y consta de miles de edifi-
cios; y aunque la cosa parezca absur-
da, se ha calculado recientemente que
Pera se divide en unas trescientas
manzanas.

Un doctor checoslovaco ha defi-
nido el estreñimiento diciendo que
consiste en la dificultad que tienen
ciertas personas para explicarse con
soltura. Y un homeópata austriaco
opina, en cambio, que a ese fenóme-
no se le debe llamar tartamudez de
barriga.

Ustedes dirán quién de los dos tie-
ne más razón.

A un joven aficionado al teatro
alegre, que frecuenta mucho los ele-
gantes coliseos de Eslava, Martín y
Maravillas, y que nos ha dirigido una
carta preguntándonos si sabemos en
lo que consistía el molinete, le va-
mos a obsequiar con la siguiente y ve-
racísima referencia:

El molinete era un movimiento de
vientre que estuvo muy en boga en
los bailes de las zarzuelas sicalípti-
cas de hace quince años. Hoy está

en desuso, pues aunque hace un
quinquenio se le pretendió resucitar
en cierto teatro nefando, se opuso a
ello de un modo enérgico el enton-
ces jefe de Policía señor Millán de
Priego, dictando una orden en la que
decía (si mal no recordamos), que la
única que podía mover el vientre con
su permiso era el Agua de Cara-
baña...

¿A que no saben ustedes cuál es
la única ciudad del mundo en la que
no sólo no se prohíbe fumar, sino

que le invitan a uno a que lo haga?
Pues "Fiume"...

Parece mentira que no se les haya
ocurrido a ustedes antes.

Ahora se ha sabido que cuando el
difunto Wilson inventó sus famosos
e históricos catorce puntos, tuvo una
frase genial al recibir en París la vi-
sita de Romanones. Y fué la si-
guiente:

—¡Con este punto no contaba yo!

NÉSTOR O. LOPE



Un pequeño detalle.
Historieta casi muda, por TENODER.

COMPETENCIA SALUDABLE

Dos boticarios de Villacanejos,
lugar que de Madrid no está muy lejos,
llamado el uno Serafín Pañuela,
y el otro Bonifacio Sanguijuela,
tal rabia se tenían,
que a cada paso con furor reñían.
Que por la plaza el uno paseaba
y el otro casualmente allí se hallaba...;
ya se sabía, sin mediar razones,
ambos enarbolaban los bastones,
y con tanta iracundia se zurraban,
que nunca lo dejaban
hasta que alguno de los combatientes
roja sangre a torrentes
de su cuerpo vertía,
en cuyo caso, para el otro día,
la pendencia aplazaban muy gustosos,
según cuentan curiosos
que pasaban el rato felizmente
viendo romperse el alma a aquella gente.
¿Y por qué el uno al otro se tenía
tal obstinada antipatía?
Bien claro está: los dos en el oficio
se causaban recíproco perjuicio
en razón a que el pueblo ya nombrado
era de vecindario limitado,
y en caso de dolencia o de desgracia
sobraba, de las dos, una farmacia.
—Ya he discurrido un plan—dijo Pañuela—
para perjudicar a Sanguijuela.
Juro que he de llevarlo hasta su fin,
lo mismo que me llamo Serafín.
Las medicinas que él vende a setenta
yo las expendere sólo por treinta,
o por veinte, o por diez, si es que me apura,
y así tendré parroquia más segura.
¿Qué puede suceder?, ¿qué nadie sane?
¿Y qué me importa a mí con tal que gane?—
Súpolo Bonifacio, y muy sereno,
sin que esto le alterara, dijo: —Bueno,
las mías venderé tan arregladas
que vengan a ser casi regaladas.

¿Que el enfermo se muere? Pues paciencia.
Azares son de toda competencia—
Y desde entonces, ambos farmacéuticos,
olvidan los principios terapéuticos,
y hacen las medicinas
lo mismo que si fueran golosinas;
un poco de jarabe,
que al paladar le está dulce y suave,
y almendra machacada.
—¡Esto propinan a la embarazada
y al que sufre de ardiente calentura;
daño no hará, pero tampoco cura.
Esto oyó un sabio y, con profundo acento,
mirando al firmamento,
exclamó: —¡Pobre pueblo, esto es horrible,
la mortandad allí va a ser terrible!—
Pues no, señor, y en esto contradigo
al sabio y pongo a Dios como testigo,
porque me consta que en Villacanejos
todos llegan a viejos,
en virtud de lo cual aquella gente
pide al Señor, con devoción ferviente,
que si quiere alargarle la existencia,
no termine jamás la competencia
entre el uno y el otro boticario,
único medio de que el vecindario,
que toma para alivio de sus males
medicinas que nunca fueron tales,
goce en la vida de completo bien
más años que gozó Matusalén.
Si algún día, lector, sufres dolencia
que ponga en grave riesgo tu existencia,
vete al pueblo citado
y no pases cuidado,
pide las medicinas a Peñuela
o si no a Sanguijuela,
pues gracias a este plan que ya he seguido
noventa y cuatro años he cumplido
y llegaré hasta ciento
con este singular procedimiento.

TOMÁS LUCENO

¡SEÑORAS! ¡CABALLEROS! ¡JOVENCITOS DE AMBOS SEXOS!

¡Hay que ver qué almanaque de

BUEN HUMOR

para 1928, estamos planeando, preparando y confeccionando!

¡Cuarenta y ocho grandes páginas, muchas de ellas a todo color!

¡Los más afamados y regocijantes escritores!

¡Los mejores y más elegantes maestros del lápiz!

¡COMPRADLO Y OS CONVENCEREIS!

¡Y AUNQUE, EN VEZ DE COMPRARLO, OS LO PRESTEN, OS CONVENCEREIS TAMBIEN!



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

—Mira a Lolita, siempre estudiando. Quiere ser maestra de enseñanza superior.
—Sí, porque de enseñanza inferior ya lo es.

VIDAS INVEROSIMILES

De quincenario a fotógrafo

Fué un mal día aquel en que Armando García (a) "el Negrón" decidió abandonar para siempre su vida de quincenario contumaz. Todos los que en la cárcel vivían tuvieron un serio disgusto, pues todos, desde el director al más moderno de los carceleros, profesaban al honrado Ar-

mando un sincero cariño. Por eso, cuando le oyeron jurar que no volvería a pisar las puertas de la cárcel, trataron de apartarlo por todos los medios de tan fatal resolución.

Después de todo, el motivo por el cual "el Negrón" determinó retirarse de su vida carcelaria, fué una futesa.

Por un descuido del cocinero se sirvió la comida bastante mal condimentada. Hubo un pequeño plante. Se acordó la huelga de bocas cerradas y se procedió al nombramiento de una comisión encargada de entrevistarse con el director para exponerle las quejas de todos. Se eligieron cinco de los quincenarios más caracterizados, y, naturalmente, uno de los elegidos fué "el Negrón".

El director oyó atentamente las quejas que tuvieron a bien darle los comisionados, referentes todas ellas a las deficiencias del menú de aquel día.

—Mire usted, la sopa...

—Pues mire usted que la carne...

—¿Y los garbanzos? ¡Señores y qué garbanzos!...

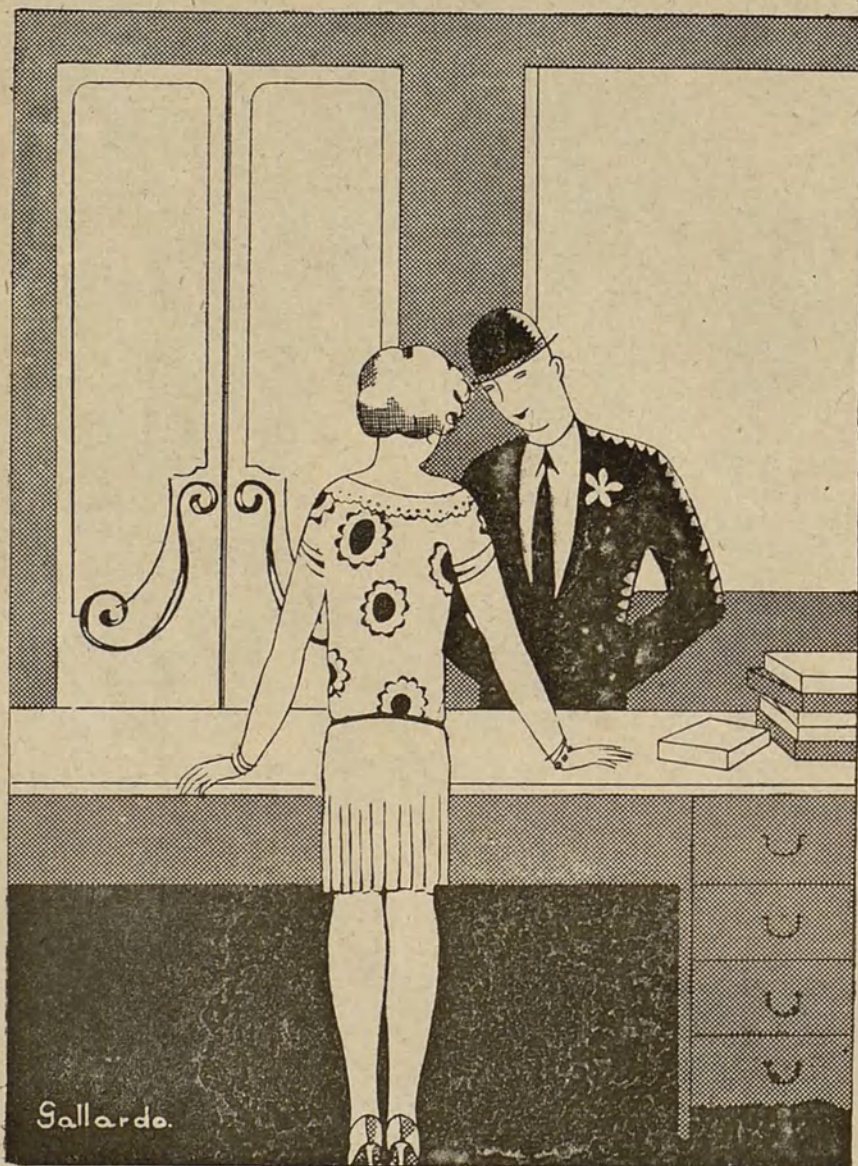
Nuestro hombre fué el único que no dijo nada. A instancias del director, salió del mutismo en que se había encerrado para dar salida, en una sola frase, a toda la amargura que anidaba en su pecho:

—Señor director, ¿para qué vamos a detallar? Lo único que tengo que decir es que, tal como se están poniendo las cosas, va a dar vergüenza venir a la cárcel.

Cumplida aquella quincena, ya no volvió, con gran disgusto de todos, que no creían que resistiese a la tentación.

Pocos días después de abandonar la cárcel para siempre, me confesó los verdaderos motivos de su retirada.

—Es que la sociedad, ¿sabe usted?, no sabe apreciar nuestra labor en lo que vale. Hace veinticinco años que vengo cumpliendo mi penoso deber de quincenario. En invierno y en verano, yo, siempre incansable, a mi obligación, a la cárcel. Fuí siempre puntual. De los treinta días que tiene el mes, siempre me pasé los quince primeros en la cárcel y los otros quince descansando. Fuí siempre tan honrado, tan trabajador, que los meses en que, por llevar treinta y un días, me correspondía descansar uno más, crea usted que me remordía un poquitín la conciencia. Y todo esto ¿para qué, dígame? Para recoger amarguras de una sociedad que nos mira con desdén, hasta con recelo. ¿Qué querían, entonces? ¿Que fuésemos banqueros o



Gallardo.

Dib. GALLARDO.—Madrid.

—¿Trabajando, eh?

—Sí; no le quepa duda de que el que siembra recoge.

—Pues yo vengo a recoger unos guantes y no los he sembrado.

autores de revistas de gran espectáculo? Por todo esto abandono la profesión que me ha dado de comer durante veinticinco años para abrazar otra menos penosa: la de fotógrafo.

Armando García (a) "el Negrón" se dedicó a la fotografía como hubiera podido dedicarse al adiestramiento de percebes por el procedimiento del fonógrafo; pero como tenía talento e iniciativa, pronto ocupó un lugar distinguido entre los profesionales. Siempre altruista, quiso llevar el regalo de su arte a pueblos y lugares distantes; y aunque los resultados económicos de estas salidas no fueron siempre muy halagüeños, nuestro Armando se contentaba con la satisfacción del deber cumplido y con una módica ganancia de tres pesetas.

Un día, en los comienzos de su nueva profesión, experimentó un serio disgusto. Fué en Valdehigos, donde un cliente se empeñó en retratarse apoyado a un árbol. "El Negrón" se dispuso a hacer una maravilla con la efigie del amigo del árbol; enfocólo cuidadosamente, pensó en don Ceci-

lio, apretó la pera y... El árbol salió perfectamente detallado; pero del cliente, ni rastro.

Quedóse "el Negrón" un tanto perplejo; pero pronto comprendió la mala pasada que aquel tunante le había jugado, y se incomodó mucho.

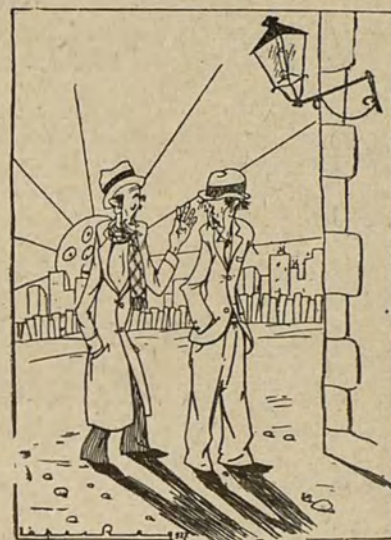
—¿De modo que mientras yo estaba atento a la máquina usted aprovechó la ocasión para esconderse detrás del árbol? ¡Eso no es hacer! ¡Es usted un miserable!

Y sin hacer caso de las fingidas protestas del malintencionado, se negó enérgicamente a devolver la peseta que aquél le había entregado previamente. ¡Trampas, no!

Pero no todo fueron disgustos. También tuvo satisfacciones. Satisfacción, y grande, fué la que sintió al inventar la fotografía en serie. Cierta día sacó un grupito sin cabeza. Y, ante el asombro de los decapitados, aseguró muy formal:

—Vuelvan ustedes mañana, porque la cabeza debió quedar dentro del aparato.

Un maldito telegrama, que le obli-



Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.

—Y entonces, viendo que no se marchaba de mi casa, cogí la campanilla y llamé a la criada.

—¡Pero si tú no tienes criada!

—Ya lo sé; pero tengo campanilla.

gó a salir precipitadamente de aquel simpático pueblo, fué causa de que no pudiera reintegrar a los cuerpos de sus clientes sus respectivas cabezas.

Hoy, la fama de Armando García (a) "el Negrón" está muy extendida por toda la península. Su última creación es la fotografía deportiva, en la que el cuerpo del interesado aparece lleno de puntitos blancos.

Armando titula estas fotografías: "Fulano de Tal, en las cumbres del Guadarrama".

Luego, los fotografiados presumen de alpinistas un rato largo...

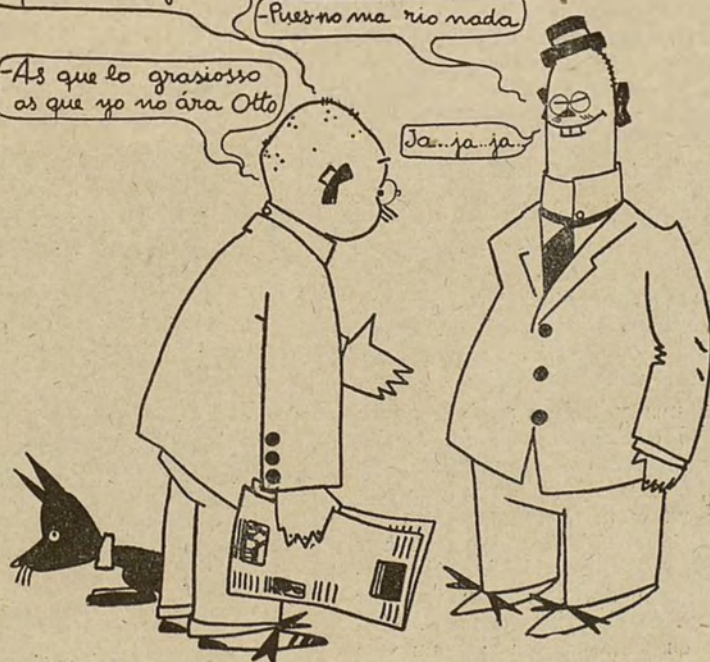
JENARO GONZALEZ CATOYRA

-Mira Müller, ta voy a contar una cosa muy pastante grasiosa. Ayer sa ma asarco un hombre an la calle y ma dijo: -¿Usted es Otto? y yo la dije que si... y... pas, pas! ma dio dos pofetadas muy pastantes fuertes.

-Pues no me rio nada.

-As que lo grasioso as que yo no ára Otto.

Ja...ja...ja.



CUENTO ALEMAN

Los tiempos cambian

Senén García, estudiante de minas y futbolista profesional, esperaba en el café a su amigo Aquilino Martín, estudiante de caminos y futbolista amateur. En una mesa inmediata, un señor gordo y calvo comunicaba a otro señor—más gordo y menos calvo que él—estas dolorosas reflexiones:

—Creo que debemos regresar a Tomillares mañana mismo, Ramiro... Porque, ¿qué hacemos aquí? Aquel Madrid de nuestros años de estudiantes ha muerto, y en vano pretendemos evocar los días de la juventud en este Madrid que ya no nos conoce; en este Madrid falseado, pervertido, disfrazado, absurdo... ¡Ah, si López Silva levantara la cabeza! No hay organillos por las calles... No quedan blusas de lunares ni faldas de percal... No se ven chulos con pantalón abotinado ni chulas con ceñido pañolón... Ni una sola mantilla, ni una sola peineta, ni un solo moño subsisten, Ramiro... Nuestra querida calle de Jacometrezo ya ves cómo está en su mayor parte: parece una *street* de Nueva York. Por sus aceras no taconeas ya aquellas castizas planchadoras de entonces... Todo es extraño, todo es exótico. Ramiro.

Pero, de repente, el señor gordo se llevó las manos a la cabeza e inquirió con patética desesperación:

—Y el mantón de Manila, y el mantón alfombrado, y la típica *manuela*, y el castizo *simón*, ¿dónde están, Ramiro del alma?... ¿dónde?

El interpelado miró seriamente al señor gordo y acusó:

—Te olvidas del chotis, Amalio.

—¡El chotis! ¡Mi chotis!—exclamó nostálgico, el llamado Amalio—¿Dónde habrá ido a parar mi chotis querido?

El señor más gordo y menos calvo hizo un gesto vago y doliente, como significando que no poseía datos concretos acerca del paradero de tan castizo baile, y trató de satisfacer la curiosidad de su amigo, apuntando la tímida sospecha de que acaso se encontrase transformado el *fox-trot*.

Seguidamente, se sumergió en un melancólico mutismo.

Entonces, el señor gordo dedicó a Senén una dulce mirada anunciadora de una interpelación sobre aquellas importantes cuestiones. Bebió un vaso de agua. Carraspeó, según es costumbre en estos casos. Al fin, su sonrisa hume-

decida, decoró con un fulgor de muelas orificadas estas vacilantes palabras:

—Y usted, joven..., usted que está en la edad de divertirse..., ¿puede decirme si existe hoy día alguien que sea capaz de bailar el chotis en un ladrillo?

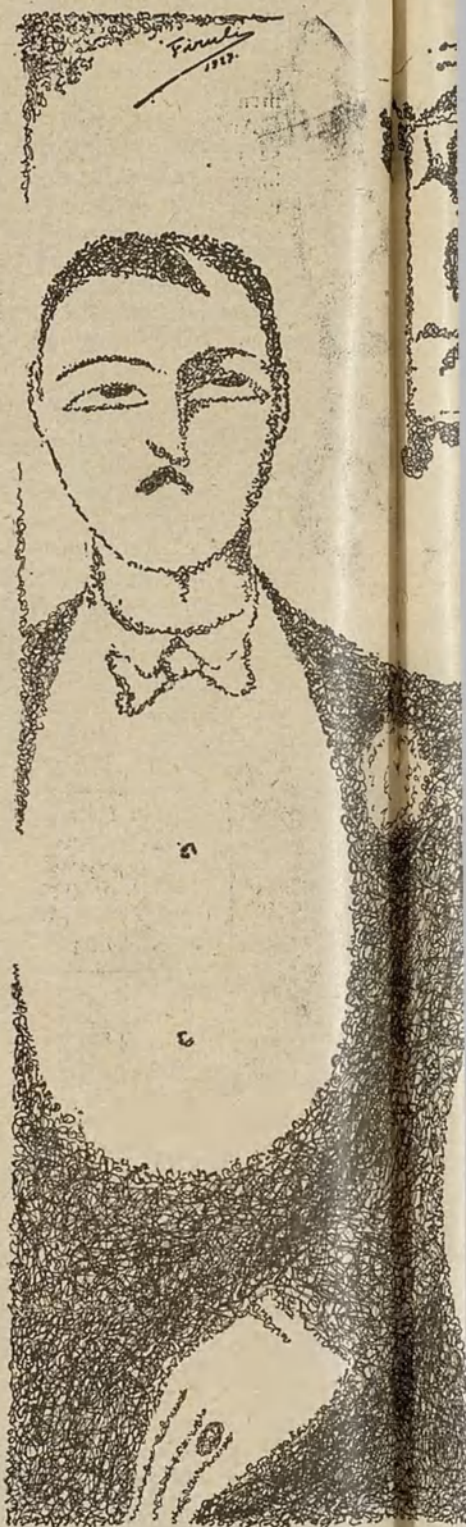
Senén estaba dispuesto a reconocer noblemente la inexistencia de seres dotados de tan interesante habilidad; pero como en aquel mismo momento un cangilón de la puerta giratoria vertía a Aquilino Martín en el local, se despidió urbanamente de los señores gordos y acudió al encuentro de su amigo:

—No pares, Anili—le dijo—. Vámonos ahora mismo. Ese par de grillos son unos pelmazos.

Salieron, y al seguirles, la mirada triste del señor gordo quedó desorientada para siempre en el girar desenfrenado de los cuatro puntos cardinales de la puerta.

Momentos después, a las doce y veinticinco, Senén y Aquilino dejaban la trinchera en el guardarropa del Kursaal. A las doce y cuarenta habían hecho el consumo mínimo y bailado un *charlestón*. A las doce y cuarenta y cinco Senén y Aquilino compartieron su mesa con dos tanguistas. Una de éstas, la que ofreció sus sonrisas especialmente a Aquilino—era gentil como una botella de manzanilla y rubia como un talón del ferrocarril. La otra—que dedicó sus entusiasmos a Senén—era amplia de caderas como una báscula *Toledo* en su funda y morena y rizada como un cuello de astrakán. A la una y veinticinco, gracias al jovial estímulo de estas damas, Senén y Aquilino habían consumido bebidas por valor de catorce gastos mínimos. Ya no bailaban, pero de vez en vez, recorrían errantemente el salón.

A la una y treinta y cinco Senén preguntó confidencialmente a Aquilino que si conocía un ser más flamenco que él. A la una y treinta y siete esta misma pregunta la formuló Aquilino a un camarero. A la una y treinta y ocho, como confirmación de su innegable flamenquería, decidieron comprar una caja de cigarrillos egipcios. A la una y cuarenta no quedaba un solo cigarrillo. A la una y cuarenta y dos desapareció también la linda cajita que



Dib. FIRULI.—Madrid

—Finita, tienes una boca tan finita, que es el inferior, porque los dos son superior

los había contenido. A la una y cuarenta y cinco Senén abrazó cariñosamente a un señor desconocido expresándole las garantías de una vida eterna y venturosa. A la una y cuarenta y siete Aquilino afirmó reiteradamente que aquel señor era su padre, y visiblemente conmovido por tan feliz encuentro, se echó a llorar nerviosamente. A la una y cincuenta Senén consiguió tranquilamente proponiéndole, a manera de esparcimiento, la destrucción inmediata de las narices de cierto joven bizco que se hallaba enfrente. A la una y cincuenta y dos el joven bizco se agitaba violentamente entre los brazos de dos amigos y advertía a Senén y a Aquilino que él era murciano y que, por tanto, no tenía inconveniente en partirse el pecho con el lucero del alba. A la una y cincuenta y cinco Senén, Aquilino, el joven bizco y los dos amigos de éste se hacían, entre sorbo y sorbo de champaña helada, calurosas protestas de amistad inquebrantable.

A las dos y veinte la jovencita rubia solicitó de Aquilino un subsidio para ir al tocador. A las dos y veintidós la señorita morena hizo a Senén idéntica demanda. A las dos y veinticinco ambas chicas salieron hacia el tocador, y a las dos y veinticinco con diez y seis habían regresado, estableciendo así, modestamente, un *record* difícil de batir. A las dos y treinta y dos, cuando la orquesta iniciaba un tango, las dos sentimentales muchachas opinaron, con rara unanimidad, que nada acrecentaría tanto el lirismo del momento como un bisté con escarola. A las tres en punto manifestaron imperiosos deseos de acudir nuevamente al tocador, y tras obtener el consiguiente óbolo, desaparecieron para siempre.

A las tres y cinco Senén y Aquilino empezaron a tirar serpentinas. A las tres y diez seguían tirándolas. A las tres y veinte, entristecidos por sus infructuosos intentos de cazar camareiras a lazo, se dedicaron a tocar una flautita morada, mientras las parejas en un alocamiento final, despenaban los tirabuzones de las serpentinas. A las tres y veinticinco comprendieron que el mejor empleo que podían dar a sus actividades consistía en hacer

croar a una rana de hojalata. A las tres y treinta las ranas se negaron a seguir croando...

A las tres y treinta y cinco Senén y Aquilino abandonaron todo su dinero en una bandejita niquelada y salieron a la calle. Nevaba. Y como no quedaba dinero para "taxi" Senén y Aquilino, en direcciones opuestas, iniciaron un *ballet sobre hielo* camino de sus casas.

A las tres y cincuenta Senén cruzaba la Gran Vía cantando alegremente. En los soportales de Madrid-París se cobijaba una pareja de guardias, muy juntos y muy quietos como un par de zapatos debajo de la cama.

A las cuatro en punto Senén dormía pesadamente.

Madrid 27 de mayo de 1953.

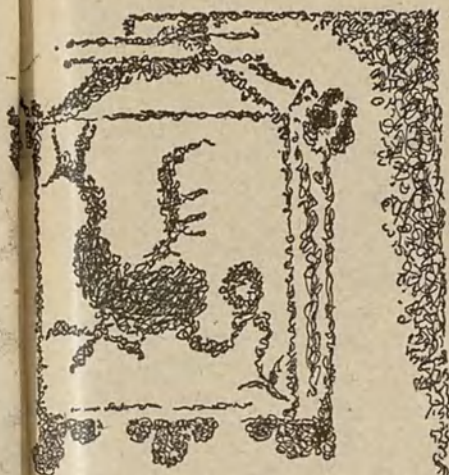
Señor don Senén García. Isla de Malden.

Querido amigo: Sólo unas líneas, pues no quiero perder la teletransmisión postal de las once y media, especial para Oceanía. Y no quiero perderla, querido Senén, porque me urge aconsejarte que no vengas a Madrid. Creo que no merece la pena que abandones, ni por una semana, tus minas de fuagrabis. Es más: estoy seguro de que, si vinieras, tú serías el primero en lamentarlo.

Y es que el Madrid que acabo de encontrar, querido Senén, no es ya aquel Madrid que tú y yo dejamos hace veinticinco años. Es un Madrid falseado, pervertido, disfrazado, inadmisible: no hay *jazz-bands* ni pianolas; no se usan chalecos *tutankamen* ni paraguas enanos, no se ven pollos *carabas* con pantalón *chanchullo* ni niños *pera* con melena a lo Rodolfo Valentino. Y de las reformas urbanas no quieras saber: únicamente sigue lo mismo que entonces, la calle de Peligros. Pero por ella no pasan ya aquellas castizas manicuras balanceando el estuche de piel. En fin, querido Senén, no existe ya el típico *taxi* ni la clásica trinchera, y nadie se acuerda del madrileñísimo *charlestón* ni del castizo *blak-botton*... Así que ¿a qué vas a venir? Para desilusión, basta la mía. Te abraza Aquilino.

SAMUEL MURIN

BUEN HUMOR lo vende en Tegucigalpa (Honduras) don Ricardo C. Pavón.



f.—Madrid

oca tan bonita, que de tus dos labios no sé cuál
s dos son superiores.

LA CONFUSION

Horacio Barrientos cargó su pipa, una pipa análoga a las que usan los detectives londinenses y los buzos de Calatayud, y después de aspirar con deleite, contemplando las volutas de humo, empezó a relatarme:

—Nicanoro Parrillósez era lo que se llama un hombre ahorrativo. Toda su juventud y gran parte de su madurez la consumió trabajando de modo incansable en un negocio de exportación de ralladores de pan, y gracias a la ayuda divina y muchas gracias a la suerte, que le acompañó de modo incansable, pudo, al llegar esa edad en que la cabezota comienza a grisear y la tripa a ponerse redonda, retirarse de aquella vida de trabajo.

Nicanoro Parrillósez construyó una

casa con el producto íntegro de sus años de trabajo y se dedicó a vivir de lo que le rentaba. Era una casa magnífica; con ascensor, cuarto de baño, termosifón, gas en cada piso y portero con librea y con mala educación. Vivió así plácidamente hasta que un día sucedió una cosa muy extraña.

Y lo que sucedió fué que mientras se estaba afeitando notó que la gente, abajo en la calle, se arremolinaba ante sus balcones. Se asomó al mirador.

Más de cuarenta bomberos descendían precipitadamente de dos "autos" de servicio. Uno de ellos llevaba un pico, otro una pala, otro una manga de riego. Otros desmontaban una escalera que, después de no sé cuántos esfuerzos, lograron apoyar en la pared.

Comenzaron a aparecer mujeres vestidas en ropas íntimas, niños que lloraban, caballeros que querían fingirse indiferentes y que bajaban rápidamente por aquella escalera improvisada. Funcionaban, sin descanso, las mangas de riego.

Nicanor Parrillósez alzó la vista y pudo ver cómo los bomberos corrían por los tejados de su casa, dando golpes a diestro y siniestro; aquí derribaban un tabique, allá echaban abajo una chimenea, unos metros más adelante tiraban una pared maestra.

—Hay que impedir que el fuego se propague—les gritaban los jefes desde abajo.

Y al escuchar aquellas órdenes centuplicaban sus fuerzas destructivas. Ya habían tirado tres pisos de la finca y ahora pugnaban por derrumbar la pared medianera.

Sonó en la calle una salva de aplausos; la multitud, enardecida, ovacionaba a un bombero que bajaba trabajosamente por la escalera, portando en sus brazos una niña de pecho.

Nicanoro Parrillósez comprendió que él también debía pensar en salvarse. Asomóse al balcón y vio cómo el gentío le contemplaba con un gesto de espanto. Los bomberos le hicieron visajes incomprensibles, al tiempo que abrían una lona de salvamento. Se arrojó de cabeza. Cuando llegó abajo dió un suspiro de satisfacción. ¡Se había salvado del peligro!

Pero al contemplar su casa, aquella casa fruto de tantos años de trabajo, sintió cómo el alma se le caía a los pies. De la fachada apenas quedaba el recuerdo, techo no había y los tabiques estaban derruidos. Se arrojó, llorando, entre los escombros.

¿Cuánto tiempo permaneció así? No lo sabe. Sintió cómo los bomberos dejaban el trabajo y cómo el jefe de ellos le tocaba en un hombro.

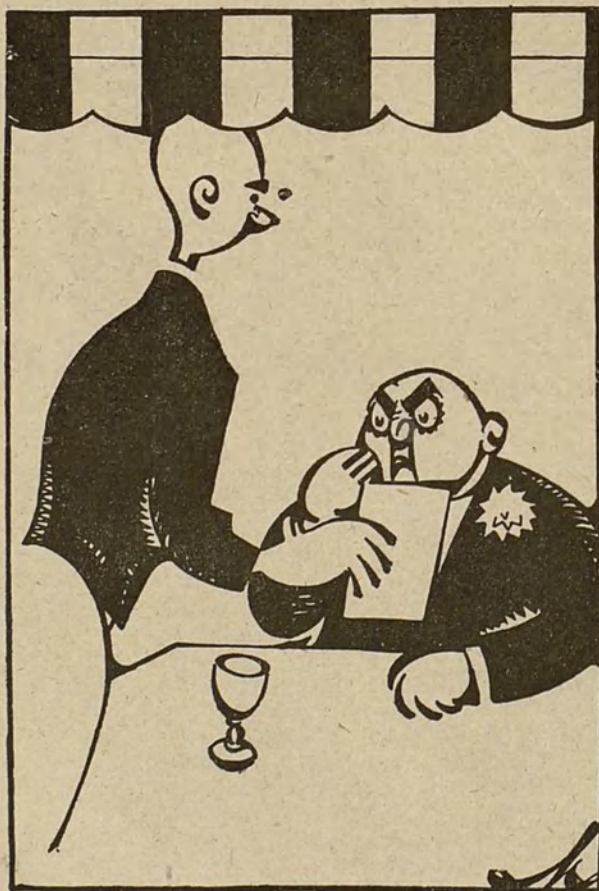
—Perdone—le dijo—. Creíamos que la casa de usted era el número ocho de la calle y ahora me fijo que es el treinta y ocho.

—¿Y a qué viene eso?—preguntó Nicanoro.

—¿Que a qué viene? ¡Pues a que donde resulta que hay fuego es en ese otro número! Y hemos confundido esa casa con la de usted...

Y dicho esto, montaron en el "auto" y desaparecieron calle arriba.

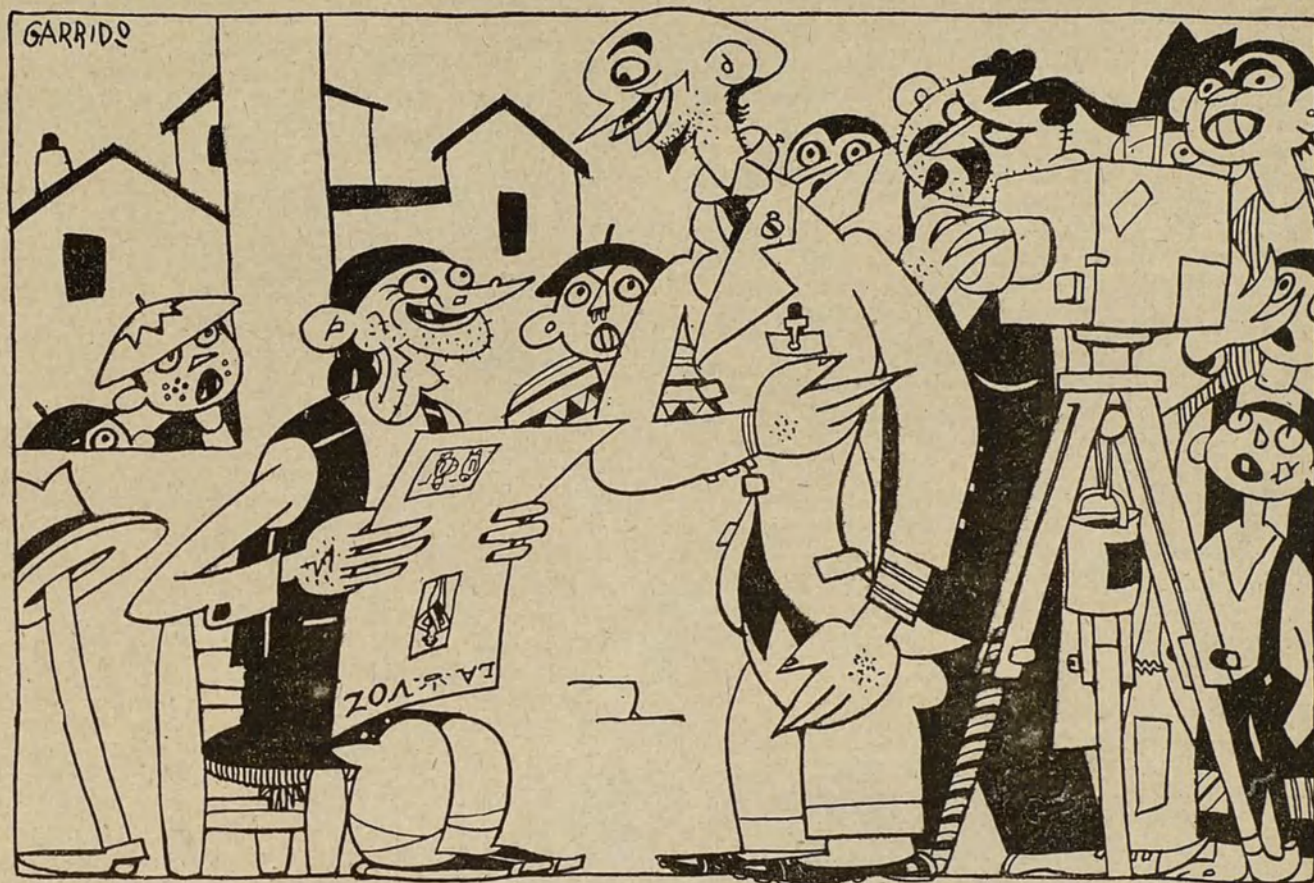
MANUEL LAZARO



Dib. MONDRAGÓN.

SERVICIO A LA CARTA

—Déjese de lecturas ahora; tráigame la comida, y después leeré lo que quiera.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿De modo que me van a sacar en los papeles nada más que porque tengo ciento **siete** años?
—¿Y le parece a Vd. que eso no tiene nada de particular?
—¡Claro, hombre! Ya ve usted; si viviera mi abuelo, tendría ahora ¡ciento ochenta y seis!

POSTER TRIBUTO

—¡Chico, echa otra ronda y como endenantes pon un vaso a la memoria del señor Lisardo, que Dios haiga!

—¡Y trae que yo me lo beba a su intención!

—¡Y sirve más vino y repite el homenaje funerario, que ahora me toca a mí tomarne el vaso suyo por su santa gloria!

—Propongo que se le guarde luto, al tajada querido, y que prometamos no beber vino blanco durante el novenario.

—Aceptao y que nos echen por mi cuenta la primera ronda enlutada.

—Y que al medio chico que se le dedique se le ponga una gasa en atención a que se ha quedao huérfano.

—Eso no, porque yo le adozto.

—Severiano, que te vas a alumbrar y tenemos que ir al sepelio.

—El alumbrao en los entierros es de precezo.

Además, que cada uno bebe lo que le cumple, Oztavio, y ya sabes que el muerto tenía una máxima, que por ser el decano de la bebida tenemos que acatar: "¡Bebe y no pares, que somos mortales!"

—¡Cuando hablaba esculpía!

—Eso era porque tenía la boca muy estropeá.

—¡Oye, y la baraja no sus parece que se le ponga un atributo funerario?

—No hace falta. Las cartas, como si presintieran la desgracia, ya sabéis que tenían orla.

—Más vino, chaval.

—La copa de Lisardo pa mi ahora, que le voy a rezar un responso.

—Oye, pa la próxima, yo me la beberé, que también le quiero musitar un rezo.

—¿Tienes ahí ya la corona?

—Sácala. Debajo del mostrador la tiene el señor Ricardo.

—¡Es magnífica!

—¡El postrer homenaje de la peña vinícola a su fundador!

—¡Se saltan las lágrimas!

—Quítate el vaso que aguas el tinto.

—No tengas cuidao que me las enjuago.

—Bueno, pues hala; vamos al entierro.

—Aguarda, que ahora este paga unas limpias de "corpore in sepulto" y no hay que desairarle.

—Que lo vamos a llegar; darse prisa.

—Anda, agarra la corona.

—A su viuda denla ustés la enhorabuena por la desgracia.

—De su parte.

—¿Lo estáis viendo? ¡Se ha ido el entierro!

—Pues hala, a alcanzarlo.

—Espera, vamos a tomar aquí unas tintas y salimos como unas balas.

—¡Mira, que vamos muy cargaos!

—¿Lo dices por la corona?

—¡Lo digo porque llevamos más rondas que la fiesta de un pueblo!

—¡Cuanto más bebamos, Liborio, más nos arrimamos al difunto!

—¿Es que tú crees en el más allá?

—Sí, ¿qué pasa?

—¡Te lo digo porque más allá hay otra taberna y era otro escalón para llegar a Lisardo!

—¡Allí pago yo y deseguida a la última morada!

—¡Que vamos a perder la comitiva!

—¡Hombre, deja siquiera que tomemos este vasito, que luego verás qué trago!

—¿Pero es que vamos a beber más?

—¡Si me refiero a la inhumación, que es un trance muy duro!

—¡Como que si yo no me alegro, no lo resisto!

—Beber y vamos.

—Ya debíamos ir derechos al camposanto.

—Oye, derechos, veremos a ver.

—Digo, cortando por la Elipa.

.....
—¡¡Maldita sea mi alma!! ¡Que han cerrao la Necrópolis!

—Si sus lo estoy diciendo.

—Es que nos hemos entretenido unas mijajas.

—Y qué hago yo ahora con la corona?

—¡Señor, mañana se la pones y santas pascuas!

—Pero es que si yo me voy a casa a dormir, cuando despierte es de noche otra vez.

—Pues vela.

—Eso debemos hacer.

—Anda, vámonos a jugar un medio chico a casa del Cachucha.

—¡Quita de ahí, hombre! ¡Si yo bebo más me quedo Roque en medio de la calle con la corona y se creen que soy un suicida precavido!

—Pues tú dirás qué hacemos hasta mañana.

—Cualquier cosa menos meterme en una tasca.

—Se me ocurre una idea. ¿Por qué no vamos a ver a la Chelito, que creo que aún está jamón y que enseña hasta la partida doble?

—¡A las tres!

—¿Pero me dejarán entrar con la corona?

—¡Hombre, se disimula entre nosotros!

—Bueno, pues hala.

.....
—Habrás tío chalao: emperrao en que dejara la corona en el guardarojo.

—Te azvierto que si no cede se traga el recuerdo.

—Bueno, calla que está bailando la Chelo.

—¡Chico, qué carnes! ¡Y que en-todavía haiga vegetarianos!

—¡Oiga, quiere usted hacer el favor de no tropezarme más con el atributo funerario?

—Usted disimule.

—Míá que venirse con una corona fúnebre al templo de la lascivia.

—¡Momento homo!

—¡Es que la han cogido misericordiosa!

—La hemos cogido como nos da la gana.

—Y al primero que chiste le ciño la corona.

—Menos reñir.

—¡Fuera!!

—¡¡A la calle!!

—Como rechiste usted, la corona y usted van al patio de butacas.

—Que se sienten, que no vemos el molinete.

—Menos tirar. ¿Quién lo ha dicho?

—Un servidor. Y ahora mismo.

—¡Mi madre! ¡Ha tirao la corona al escenario!

—¡Y la recoge la Chelito!

—¡Y saluda con ella!

—¡¡Maldita sea mi alma!! ¡Y nosotros que la habíamos compra-o pa el pobre Lisardo, que Dios haiga!!



El Comisario.—¿Es usted casado?

—No; pero vamos..... ¡si es que tiene usted alguna hija joven!

Dib. CUESTA.—París.

ANTONIO PLAÑIOL



—Ya ve usted, señora; cuando me establecí era un desgraciado.
 —¿Y ahora?
 —Ahora, sigo siendo un “pela-gatos”.

Dib. AREUGER.—Madrid.

LAS COSAS HORRIBLES QUE A MI ME HAN PASADO

Un espantable drama de adulterio ante mis narices

Supongo fundadamente que mi vida les importará a mis lectores un comino de los más mínimos que se producen; y, sin embargo, mi vida es una de las vidas más interesantes, más complicadas, más novelescas y más atroces del mundo. Si yo supiera escribir novelas, o si tuviese la desvergüenza de escribir las sin saber, como una enorme porción de compañeros ilustres, hace tiempo que yo habría elaborado a brazo partido varios tomos en los que, solamente relatando las cosas tremendas que me han acaecido, me hubiera hecho más famoso que Luis de Val y casi tanto como Víctor Higo (y perdonen este Higo inesperado y mayúsculo que les llueve a ustedes del cielo, pero ya es hora de escribir el nombre del gran novelista como lo pronuncian en Francia, para

que se entere de la tontería todo el mundo que aún no la sepa).

Pues, sí, señores: aunque no es corriente que la vida de un escritor festivo se deslice por cauces de tragedia, corra de catástrofe en catástrofe y pase de la hecatombe al maremagnum y del escándalo inaudito al lío sangriento, mi vida es una excepción y me ha costado más disgustos que pelos podía tener en la cabeza si no caminase a pasos agigantados hacia una calvicie tan ridícula como resplandeciente.

Yo, que soy tranquilo como noche de mayo con luna, o como luna de armario sin noche de mayo, o como mesa de noche con luna o sin ella (y cito las tres cosas más tranquilas que conozco, para dar mejor idea de mi tranquilidad; pues bien, yo que

soy así de tranquilo, repito, he tenido que ser testigo, y a veces actor, y hasta creo que actriz, de estupendos crímenes, de horripilantísimos sucesos, de tremebundas convulsiones políticas y de inenarrables catástrofes terrestres, marítimas, aéreas y gaseosas. En mi vida hay centenares de capítulos escritos con sangre, con fango, con hiel, con lágrimas, con pólvora asesina, con lava volcánica y con venenos baratos. Se puede decir que capítulos bien escritos no hay ninguno, por lo cual mi vida es igual que las novelas de Hoyos y Vinent, y no digo peor, porque peor es absolutamente y matemáticamente imposible.

Consciente, pues, como cualquier obrero socialista, de que mi repetida vida encierra un enorme interés para los lectores desocupados, y de que puedo decir muy alto que a ver qué vida, o a ver qué vidas han llegado a alcanzar la magnificencia trágica que la mía, he pensado que sería en mí un delito mucho más horrible que hacer llorar a una mujer el privar a los compradores de BUEN HUMOR del deleite que supone (o que yo supongo que supone) conocer la totalidad de mis aventuras, narradas en todo su bárbaro realismo; y, en vista de eso, voy a ello, seguro de que, si el realismo no les sorprende, les dejará atónitos la barbaridad, y esto solo bastará para enorgullecerme y dejarme satisfecho. Aparte de que, siempre que escribo, me sucede lo mismo: que por dos lectores que digan "¡qué realista es este chico!", hay doscientos mil que vociferan "¡qué bárbaro es este tío!", y yo me tengo que ir con la opinión de la mayoría, dado mi constitucionalismo acendrado y recalcitrante.

Y ahora, como dicen los repartidores de telegramas al entrar en la Central de Telégrafos, ¡vamos por partes!... Yo prometo solemnemente relatar las más notables y terribles aventuras de mi existencia, pero siempre que ustedes me prometan a mí tomarlas completamente en serio y no dudar un punto (ni siquiera una coma) de su bestial autenticidad. Juro con energía de carretero mal educado que son ciertas, y que todo lo



TAULER /
XXMI.

Dib. TAULER.—Madrid.

EL ANTICUARIO

—Y diga usted, ¿es cierto que esta silla es antigua?

—Sí, señor; aquí todos los muebles que se fabrican son antiguos.

que yo escribo en este papel lo mantengo, de la misma manera que este papel me mantiene a mí por escribirlo. Hora es ya de que un escritor festivo se inspire en hechos verídicos y deje a la Fantasía que se vaya a la pobladísima porra. Y hora es también de que ustedes no lean al humorista con el prejuicio de que está embutiéndoles un cuento tártaro. Y hora es también de una menos cuarto...

Y como ya es hora de empezar, comenzaremos con el relato de una de mis más destacadas tragedias, tal vez la que más hondamente impresionó mi alma porque cuando la presencié no contaba yo más que veintitrés años y cincuenta céntimos, lo cual quiere decir que entonces tenía muy poco que contar.

Hoy, en cambio, tengo que contar lo que les he prometido.

Y es esto:

Era una noche de julio de 1913... Pero como las narraciones novelescas han de escribirse novelescamente, me creo en el deber de decir que aquella noche de legítimo verano en que mi Destino me colocó frente al Drama, transitaba yo por la calle madrileña de la Madera Alta, en el momento en que el polícromo rosicler de la aurora se insinuaba en el horizonte. Cantaban los pájaros con aflautados arpegios y vibraban las hojas de los árboles a impulsos de la brisa, si bien debo decir que como en la calle de la Madera no hay árboles (aunque tampoco hay madera), allí no se movía hoja ninguna, salvo la de "Los Lunes de El Imparcial" que estaba leyendo un sereno con plausible atención. En aquella madrugada estival, sensual y municipal, el ambiente sonaba a alas, a arpas, a ósculos, a sedas resbaladizas y galantes... Los ruiseñores (¡muy ruiseñores míos de toda mi consideración!), cantaban melodías de pura sencillez. "Los cuocos" (no me refiero a ningún redactor de "El Debate") entonaban su campestre monorritmo. "Los gorriones" cantaban música fiera y breve. "Los canarios", música pintoresca y de dulce colorido. "Las golondrinas", música de Usandizaga (libro de Martínez Sierra), sublime creación de Sagi-Barra,

ba... Se oía el áspero tintineo de las burras de leche y la voz ingratamente canalla de un vendedor de café; y el café con la leche formaba un dúo epiceno y absurdo, estrafalario y arbitrario, una mezcla inaudita en la que no faltaban más que dos cosas para absurdizarla más: unos terrones de azúcar y diez céntimos de propina... Se oía un grillo... Un trasnuchador refería a otro un lance amoroso y apócrifo, con lo que quiero dar a entender que también se oía una grilla... Un farolero iba matando, discreto y silente, las incandescencias pálidas e inertes del gas... Un borracho, estentóreo y apologético, marchaba por la acera monologando sobre Prim y Narváez con elogiada persistencia... Un can errabundo, venteando los aires herméticos y misteriosos, hacía "guau"... Un gato, de hurañez altiva, en su anárquica misantropía, hacía "fú"... Y un pro-

bo operario de una buñolería hacía churros, aunque no tan magníficos ni tan bien acabados como el que yo estoy fabricando en este momento para que se lo traguen ustedes...

No obstante, ninguno de estos tipos, ni ninguno de estos animales, ni de estos rumores de la noche llamó mi atención. Acostumbrado a las madrugadas poéticas y sugerentes, caminaba por la sombría calle, tarareando música de la que diez años después escribiría Guerrero, y sin preocuparme del cuadro goyesco que brillaba ante mis ojos.

Pero, de pronto, algo extraño y terrible me hizo detener. En un piso entresuelo, un balcón abierto dejaba escapar un raudal de luz, y del interior de la vivienda salían voces femeninas y masculinas, las primeras angustiosas, las otras furibundas, amenazantes e indicadoras de una delincuencia próxima e inminente.



Dib. HERREROS.—Madrid.

—Camarero: patatas fritas.

—Fritas se han terminado; pero si el señor las quiere asadas, le puedo dar unas pocas que me sobraron anoche de la cena.

Me detuve y miré, entre curioso y horrorizado y entre una vidriera abierta y otra a medio abrir. Desde la calle pude contemplar una sala, regularmente amueblada, y en su centro una bella joven y un hombre barbudo y cejijunto que la tenía agarrada por un brazo, con un ademán de Atila rencoroso que me cubrió la faz de espanto.

—¡Leonardo!—oí gritar a la infeliz mujer. Y debo decir que el nombre del socio no me presagió nada bueno.

—¡Miserable!—rugió el llamado Leonardo—. ¡Ni tu llanto, ni tus súplicas, ni el verte arrastrar por el suelo pidiéndome un perdón que en mí sería infame, han de desarmar mi brazo!... ¿Qué has hecho de mi honor? ¡Dilo, adúltera intolerable! ¿Qué has hecho?...

Yo, desde la calle, temblaba cada vez más; y aunque supuse que ella no diría jamás en voz alta lo que

había hecho del honor del interpelante, me equivoqué. Lo dijo... Y después de decirlo, añadió:

—¡Perdón, Leonardo!... ¡Estaba loca!... ¡No tenía quien me aconsejase!... ¡Creí que no te iba a molestar tanto!...

—¡Ah, coqueta! ¡Villana!—vociferó quel energúmeno—. ¡Pero dime por qué me has engañado! ¡Dime por qué olvidaste que yo era tu marido! ¡Dime qué motivos te he dado yo para que cometas esa juega!...

Ella callaba. Indudablemente no lo sabía...

—¡Callas!—volvió a bramar el perjudicado—. ¿Y sigues llorando, mujercuela indigna?... ¡Pues bien, callarás del todo y no llorarás más!...

Y en aquél momento, sucedió lo inaudito, lo horrible, lo inesperado del drama. El formidable vindicador de su honra sacó un revólver, soltó un tiro que para qué les voy a contar a ustedes y aquélla pobre mujer ca-

yó junto al balcón, lanzando un alarido que me envejeció doce años.

Eché a correr, y en mi huida vertiginosa y demente me tropecé con el sereno que iba a grandes zancadas hacia la casa del crimen.

—¡Serenos!—balbucí—. ¿Ha oído usted?...

—¡Sí, señorito!... ¡Todas las noches arman este escándalo!... ¡Y menos mal que creo que la de hoy es la última!...

—¡Y tan la última! ¡Como que ya la ha matado!... ¿Y usted lo sabía y ha dado lugar a que ocurra esta desgracia?...

El sereno se creyó en el caso de responder a esta increpación mía con una carcajada ligeramente histérica.

Y añadió estas palabras, que tuvieron la virtud de tranquilizarme un poco:

—¡Veo que el caballero es un "transuente" que no sabe nada!... ¡Eso que "ustez" ha visto es la última escena de una comedia que van a "echar" mañana unos "aficionaos" en el teatro de la Princesa!... ¡Esta noche era el último ensayo en la casa del "director"; y por eso se les ha dao permiso para que den el tiro y todo!...

Y volvió a añadir, al ver que yo, en mi estupefacción, no decía ni pío.

—¡Cuando es fácil que "haiga" muertes de "verdaz" es mañana, en el teatro!... ¡Pero, por hoy, váyase tranquilo, que ya ve "ustez" que no ha pasao ná!...

Este es el relato, fiel y verídico, de mi primera aventura trágica.

Pero las tengo todavía más obesas, como ustedes podrán comprobar si siguen teniendo la suicida manía de continuar leyéndome.

Y ya verán ustedes lo que nos divertimos cuando empiece a contar cosas en las que corre la sangre sin broma, se dan tiros sin permiso y la difía la gente a conciencia y sabiendo lo que hace.

Nos vamos a partir de risa, yo se lo aseguro. No hay nada tan gracioso como el ver cómo se chinch a el prójimo cuando uno no corre peligro de chincharse con él.

ERNESTO POLO



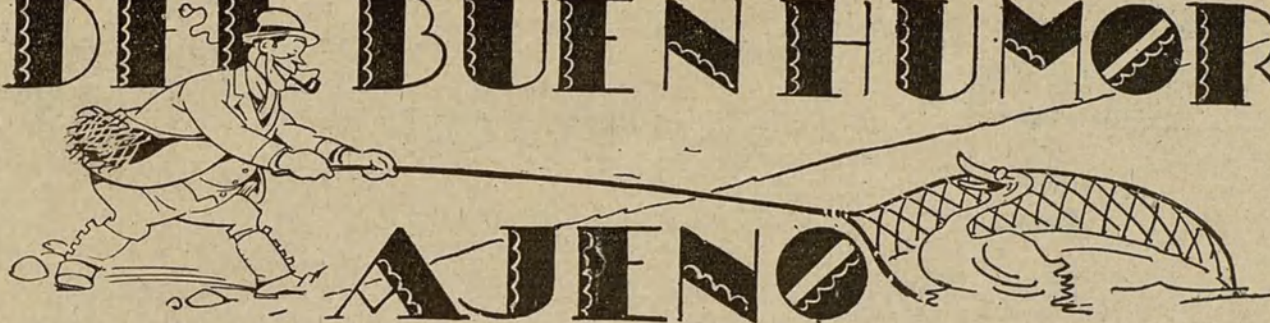
Dib. DESMARVIL.—Madrid.

CHARLAS

—El caso es que nuestra estancia en el café dura...

—¡Claro! Dura, como todas las peñas.

DEL BUEN HUMOR



Una colección completa

por **GEORGES A. MASSON**

I

Al acabar de afeitarme el barbero, cogió una lanceta y se aproximó a mí.

—¿Qué va usted a hacer?—le pregunté.

—Muy sencillo: firmar mi trabajo—me contestó—. Desde ayer, y debido a un acuerdo del gremio, todo corte de pelo, afeitado, etc., ha de ser firmado... Por lo tanto, permítame usted.

Y otra vez acercó su lanceta a mi cara, no sin mojarla antes en un líquido misterioso.

—¡No! ¡De ningún modo!—protesté—. ¡Conmigo no firma usted!...

—Está bien—me dijo el peluquero—; pero puesto que desprecia usted mi firma, haga el favor de no volver a afeitarse en mi establecimiento.

II

Este suceso fué el que despertó en mí el afán hacia los autógrafos, que he experimentado después durante casi toda mi vida.

Iba pensando en lo agradable de llegar a tener una buena colección cuando, de pronto, me sentí derribado en el suelo y perdí el conocimiento. Al recobrarlo, me enteré de que acababa de ser atropellado por un "auto", y oí decir a un desconocido:

—¡Qué suerte tienen algunos! ¡Haber sido atropellado por el automóvil del presidente de la República!

Sólo entonces me di cuenta de los buenos auspicios con que empezaba mi proyectada colección de autógrafos. Ya poseía la firma del primer funcionario de la República.

III

Cuando, a consecuencia de este accidente, me cortaron la pierna, me sentí confortado ante el hecho de que el eminente doctor Knock, el que llevó a cabo la operación, tenía la amabi-

lidad de estampar su firma encima de su obra.

Esto hizo que se acrecentase aún más en mí la manía de los autógrafos, y que cuando, un mes más tarde, partí para Marruecos como corresponsal de un periódico festivo, no concediese importancia al hecho de haber sido herido por una bala perdida, ante la satisfacción que, naturalmente, hubo de causarme el que el general Lyautey viniese a verme al hospital y firmase mi cicatriz.

IV

Desde entonces fué una especie de locura. Me hice operar de apendicitis, sin tener ningún síntoma de esa enfermedad, sólo por el hecho de obtener la firma del conocido médico Charcateur. A continuación hice que me cortasen la pierna y el brazo, so pretexto de recobrar la simetría, pero, en reali-

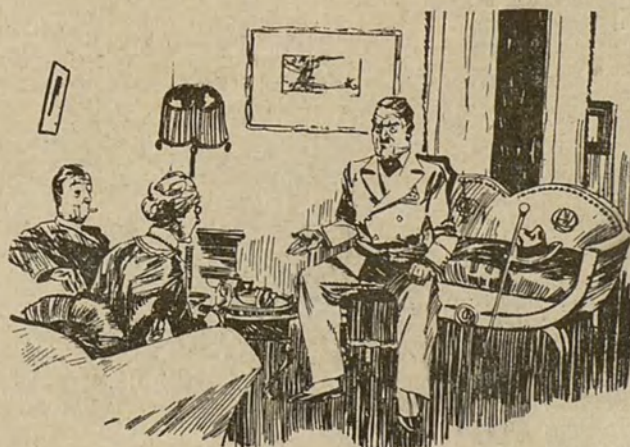
dad, nada más que para obtener la firma de dos cirujanos de moda. También me reconcilé con el peluquero, y excuso decirles a ustedes que era para mí un gran placer ostentar en mis mejillas infinitas firmas de los innumerables afeitados y cortes de pelo que me hizo.

Mi cuerpo se encuentra ya lleno de cicatrices y de firmas. Aspiro a que mi colección sea la más completa del mundo.

V

"Señor presidente de la República: Tengo el sentimiento de comunicarle que soy el asesino de la vieja estrangulada en el café de la Paz. ¿El móvil del crimen? Muy sencillo: me faltaba para mi colección la firma del verdugo, y espero obtenerla si los Tribunales de Justicia saben cumplir con su deber."

P. C. R.



De The Passing Show.

EL SEÑOR.—Ya ve usted, señora; hoy es posible transmitir aquí por la telegrafía sin hilos, aunque yo esté en América.

LA SEÑORA.—¡Verdaderamente es horrible lo que estos hombres de ciencia pueden hacer hoy!



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

— PUERTA DEL SOL, 13 —

—¿En qué se parecen las iglesias al mar?

—E: que tienen *pulpitos*.
El Platina.—Madrid.

—¿Cuáles son los hombres más chulos?

—Los que nacen en Silla.
Pelópez.—Palencia.

SEÑORAS SOMBREROS

Bonitos modelos fieltro desde 15 pesetas

LA HORRA Fuencarral, 26, etl.º
Visite la exposición

Entre amigos:

—¿Conque te has casado?

—Sí, chico.

—¿Y qué tal te va en tu nuevo estado?

—Muy mal, porque lo primero que hace mi mujer cuando me levanto es pedirme dinero; cuando como, me pide dinero; cuando me acuesto, dinero, dinero, dinero y dinero...

—¿Y qué hace tu mujer con tanto dinero?

—No lo sé, porque aún no se lo he dado.

Enrique Soto y Soto.—Madrid.

Entre artistas de *cabaret*.

—¡Cuidao que tío desgracia la Trini!

CUPON

correspondiente al núm. 312 de

BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Una gitana entra, acompañada de su "cañí", en una Administración de Loterías; pide un décimo de tres pesetas y pregunta al lotero cuánto le corresponde en el premio gordo.

El lotero le responde que dos mil duros.
El "cañí", que no había hablado una palabra desde que entró, dice:

—Dígame, buen hombre: ¿nos podría osté dá los dos mil duros que ahora le traeremos las tres pesetas?

López Camacho.—Puerto de Santa María.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—¿Qué la pasa?

—Que ahora que iba a hacerse tanguista la ha dao el baile de San Vito.

Ansuadesa.—Madrid.

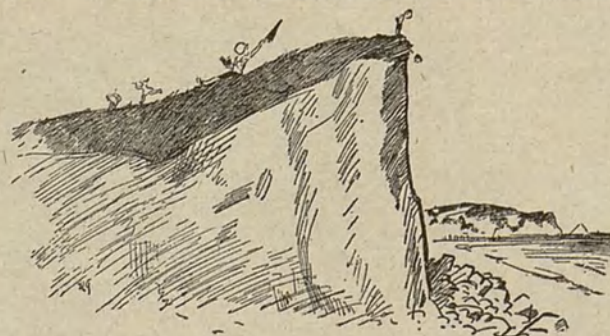
—¿En qué se parece un reloj a un borracho?

—En que el reloj tiene cuerda y el borracho tiene curda.

Xixino.—Gijón.

A un sujeto se le muere la mujer, y poco después contrae matrimonio con una hermana de la difunta. Se encuentra en la calle a los tres meses con un amigo que no está enterado del doble lance, y éste le pregunta:

—Oye, ¿por quién llevas luto?
—Por mi cuñada.
Un entusiasta de Ernesto Polo. Valencia.



De London Opinion.

LA MADRE.—¡Si te caes, Alfredito, te rompo todos los huesos que tienes en el cuerpo!...

Promesa cumplida.

Un tabernero llega a su casa con tres velas y se las da a su esposa, diciéndola:

—Toma, Enciende una en honor al dios Baco y dos en honor al dios Neptuno.

Juan Díaz Mayordomo.
Madrid.

Hotel EUROPA

Director: Rafael Alonso

ZARAGOZA

—Juanita, ¿por qué lloras?
—Porque se ha muerto la abuelita.

—Y tú, Enriquito, ¿por qué no lloras como tu hermana?
—Porque no me he traído pañuelo.

A. B.

RON BACARDI

—¿En qué se parece un proceso a un miope?

—En que el proceso es por vista de la causa, y el miope es por causa de la vista.

Roberto Espinosa.—El Pardo.

Confusión de un borracho.

—Ahora no me acuerdo si mi mujer me ha dicho que beba una copa y vuelva a casa a las doce, o que beba doce copas y vuelva a la una.

El Sagusar de la Nenita.
Newcastle.

Entre domésticas.

—Pero, ¿no sigues sirviendo a aquel astrónomo?

—Quiá, hija. Se pasaba todo el día haciendo observaciones.

K-Co.—Logroño.



HERNIAS
Bragueros cien-
tíficamente.
: J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Angusto Figueroa 8

—¿Qué campo de fútbol es el que menos produce de España?

—El de el Arenas de Guecho, porque está Yermo.
Fernando Lasasa.—Tardienta.

—¿En qué se parece una ermita a un tuberculoso?

—En que no tiene cura.
Chori.—Madrid.

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA
BUEN HUMOR
EN CATALUÑA
Félix Verdún Daly
ROSELLO, 402 BARCELONA

Examen de Medicina.

—Vamos a ver, joven, si usted tuviera un tumor frío en una rodilla, ¿qué haría usted?

—¿Yo?... Cojear.

Angel del Castillo.

Fué a confesarse un hombre tan sumamente sordo, que el sacerdote tenía que entenderse con él por escrito. Y entre otras preguntas le dirigió la siguiente:

—¿Ha dejado de oír misa algún día de precepto?



LAXANTE
BESCANSA
TRATAMIENTO
ORIGINAL
DEL
ESTREÑIMIENTO
RECETA DE TODAS LAS FARMACIAS

—Todos—respondió el penitente.

—¡Hombre! ¡Ese es un pecado muy grande!

—Pues, padre, bastante lo siento yo, pero si pudiera oír misa no sería sordo.

Santitos.—Madrid.

El padre de Anita a ésta:

—Pero tu novio, ¿qué es? ¿En qué se ocupa?

—Pues en corredor de alhajitas, y está esperando hace tiempo un brillante que le mandan del Brasil.

—Bueno y eso, ¿qué?



De The Passing Show.—Londres.

—¿Supongo que no volverá usted al agua de nuevo?

—Sí, señor. Ya me he salvado yo, y ahora tengo que salvar a mi mujer.

—Pues que no negarás, papá, que mi novio tiene un brillante por venir.

Lolita Ríos.—Madrid.

La criada a su ama.

—Me dijo usted que pusiera por la noche el mantel en la galería para que desaparecieran las manchas de fruta. Así lo hice la noche pasada.

—¿Y han desaparecido las manchas?

—No lo sé; pero el mantel, sí, señora.

Vareliña a L'o Coro.

—Me han dicho que te casas con un muchacho muy rico.

—Sí. Es un pollo "mermelada".

Manuel López.—Burgos.

Gran HOTEL CONTINENTAL
TODO CONFORT
COSO, 52.—Teléfono 5.83,
ZARAGOZA

CLICHES

se venden a precios módicos los publicados en este semanario



CAÑAS

AGUA DE COLONIA
HIGIENICA
LA CARMELA
100 PZ CARO

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes y autor N. López Caro Santiago; y Sucursal de Barcelona, Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia Isla de Cuba, pídale con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

SANTIAGO

Entre amigos.

—¿Qué, vamos al monte?

—¡Hombre! Si usted se empeña...

Vita.—Madrid.

Un oficial de ejército vestido de paisano detiene a un individuo que está promoviendo un gran escándalo en la vía pública. El alterador del orden dice:

—¿Y usted quién es para detenerme?

—Soy capitán.

—Pues no veo las estrellas. El aludido dándole un puñetazo en un ojo:

—¿Y ahora?

Enrique Soria.—Madrid.

TRICÓPILO ESTRAGUÉS

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA.—De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

Ayuntamiento de Madrid

CORRESPONDENCIA

mu particular

Caballeros dibujantes que se han caído con todo el equipo y con todos los dibujos en el fondo del aborrecido cestc.—Forman la partirológica lista nuestros queridos amigos siguientes: L. C. V. (de Madrid, Serna (de Albacete), Tobalo (de Ceuta), M. Corbajosa (de León), Reflor (de Madrid), José A. Molero (de Barcelona), Torres y yo (de Bilbao), Muñoz (de Albacete), Titán (de Zaragoza), G. Alfonso (de Madrid), Taylor, Rojete, Vila, Abello, M. Ulloa, Villaseca, Giménez-Atienza (de Manzanares), Mon (de Guernica), V. Ll. (de León), A. Villar (de Sevilla), Alex (de Barcelona), Estrada (de Madrid), S. B. T. (de La Puerta de Segura), A. Calisari (de Pont de la Suert), Ramón (de Málaga), Rerref (de Barcelona), Arnaldo (de Cartagena), Zaradeta (de Alcira), A. Baroja (de Vitoria), N. Sánchez (de Madrid), E. Navarro (de Albacete), A. Vila (de Madrid), Consuelo, Rivagorda, Eliseo, Galán, Finesty, Pérez-Más, López-Alberca, Juan Estrada (de

Granollers), Pedrito (de Madrid), Pujolar (de Barcelona), Kaon (de San Sebastián), Eperdu (de Madrid), Ralba (de Ceuta), Miguelín (de Málaga), Juan Vallesteros (de Tetuán) y Alfonso Arana (de Madrid).

G. L. A. San Sebastián.—Título de su artículo: *¿Hay permiso?...*

Contestación nuestra: ¡hayanarices!...

Y no hay más, por desgracia para usted.

D. R. Bilbao.—Un humorista como usted, que hace chistes a propósito de la muerte de su padre, no merece más que el desdén, el silencio o el puñetazo en el parietal... ¿Con que su pobre papá, al morir, cometió el atropello (según usted) de llevar la llave de la despensa?... Y en medio de todo, ¿a usted qué perjuicios le venían con eso, habiendo cuerdas en el mundo, y pesebres en las cuerdas y paja abundante en los pesebres? ¿No nos lo explicamos, la verdad!...

Carpintero. Vallecas.—Eximio carpintero: el triunfo enorme de usted no está en la literatura; está en las tablas... ¡Duro y a la garlopa!

R. L. S. Madrid.—Gracioso, pero no todo lo que hace falta para ver la luz en nuestra inmortal revista.

L. P. O. Barcelona.—El cuento que nos envía es viejo y no venerable. Excusado (y usted perdone) es decir que le hemos menospreciado olímpicamente.

J. B. R. Madrid.—¿Qué chistoso y qué pillín y, sobre todo, qué original es este escritor humorista! ¿Pues no dice que a su cocinera le ha subido la falda el carnicero!... ¡Vamos, te daba así!...

N. P. U. Pamplona.—Aceptamos su artículo místico, de elogio a San Juan Bautista, pero no para BUEN HUMOR, sino para un nuevo periódico que proyectamos publicar y que se

titulará *El Defensor de los Sacerdotes*. ¡Verá usted qué ex-tazo más brutal tiene allí! ¡Se lo afirma este cura!

Indocto. Madrid.—No sirve.

P. G. M. Madrid.—Tiene muy poco interés para nuestros lectores el que su novia haya aprendido el charleston con un profesor negro... ¿Lo está usted viendo? ¡Ni uno solo se ha conmovido al leer la noticia!...

M. S. V. Madrid.
El cuento de la tramera del paseo de Santa Engracia, ese cuento que a la portera le hace tantísima gracia, a nosotros, con perdón de usted, no nos ha hecho maldita la idem. ¿Será por que no tiene nada de la idem susodicha?... Sí: seguramente es por eso.

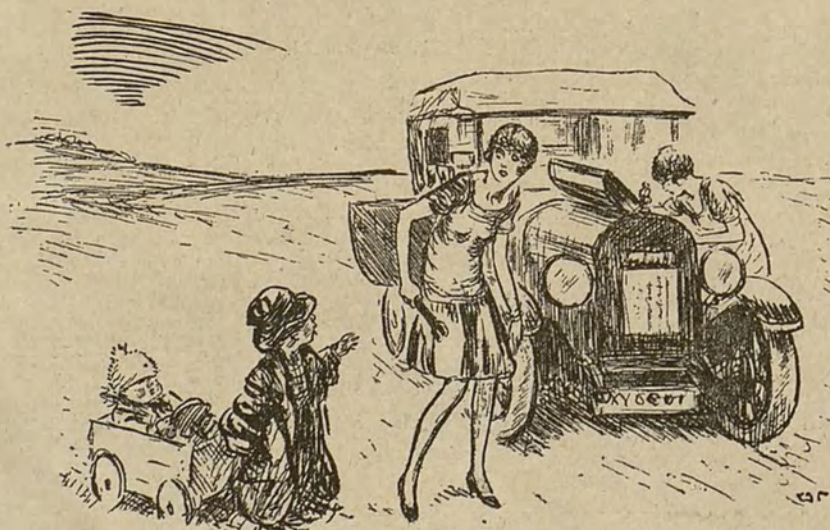
G. S. R. Gijón. Peor para usted si se enfada, porque aquí no solemos tener ganas de templar gaitas. Para eso tiene usted bastante más cerca al gaitero de Gijón, que suponemos que le complacerá templando todas las que usted desee.

Lili. Madrid.—No, señorita. Fsto no sirve tampoco. Seguimos besando sus pies, como en las ocasiones anteriores, y seguimos diciendo que es lo único que podemos hacer con usted.

E. A. C. Sobrón.
Eres bruto de verdad y bruto de nacimiento. Perdona la claridad. Lo digo porque lo siento...

Y aunque lo siento, me alegro de podértelo decir. Tu desvergüenza para con nosotros, merecía esa venganza fura y algo catalana.

V. C. D. Madrid.—¡Eso es menos humorístico que un viaje en un Sol-Ventas a la hora de comer!



De London Opinion.

—¿Quiere que le eche una mano, señorita?

Ayuntamiento de Madrid

La CREMA LIDA reconstituyente es el único preparado eficaz para conservar la belleza de la mujer.

Sus propiedades maravillosas la hacen insustituible en todo tocador elegante.



Nada tan práctico en la vida veraniega para preservar el cutis de todo peligro como la maravillosa crema reconstituyente LIDA, que limpia el rostro de toda impureza, a la vez que blanquea y suaviza la piel.

CREMALIDA

Depositorio: URQUIOLA Mayor, 1. — Madrid

BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid
Ella.—Oye, Tomasito, vamos a bajar que si no vamos a llegar tarde al pueblo.
El.—No te preocupes; bajamos en un salto.

Dib. SERNY.—Madrid.